

# El manantial y el espejo

## CITLALI FERRER

Ekiwah Adler Beléndez, posee palabras inagotables que brotan de su manantial, incansable buscador, perenne interlocutor con la naturaleza, niño iluminado que se pregunta el sentido de la existencia.

Cito:

¿Qué encontramos del otro lado de la puerta?...

¿Qué encontramos ahí?

¿Por qué los poetas caminamos ese duro camino y embriagados caemos en un rincón oscuro?...

Es en la infancia donde se generan las obsesiones, delirios y aficiones. Un escritor se nutre de ésta pero sobre todo de sus lecturas y tal parece que Ekiwah es un lector apasionado. Al conocer su poesía establecí un parangón con la obra de dos poetas: Georg Trakl y Alejandra Pizarnik. Sobre todo, porque sin un ápice de conmisericordia, Ekiwah se desnuda para mostrar su alma y su personal concepción del mundo que habita. Eso hay que celebrarlo, pues resulta singular, ya que hace tiempo que los poetas han dejado de hablarnos del mundo para sólo ahondar en sus propios universos ficticios, o simplemente en su interior racional y resultan casi imposibles de comprender. Pero, ¿por qué y para qué escribir, si todo se ha dicho ya en la historia de la literatura? Tal vez sea porque el creador considera que tiene algo importante que compartir, quizá es una manera de trascender o como dijo, Clarice Lispector: "... porque no se encuentra nada mejor que hacer en este mundo". Tras la lectura de los dos libros

de Ekiwah Adler Beléndez: Soy y Palabras inagotables, me queda claro que su diálogo es frente a un espejo estrellado, pero, con mucha luz, con tanta que por momentos me sentí cegada.

Cito:

"Soy cara a cara con la soledad... Soy yo y el universo somos uno paso a paso hacia la gran eternidad..."

Frente al espejo

miro al anciano.

Bajo la luz de la luna

Guarda una flor discreta en sus manos...

Así, Ekiwah, sin piedad, con una descarada sinceridad, nos revela quién es. Y es un árbol sin sus ramas, un guerrero que ha fallado su misión, una ilusión, un fantasma, un mago, un pájaro sin alas, un hechicero de las palabras, una piedra, pájaro herido, todo eso y más.

El efecto que logra Ekiwah en el lector es contundente, violento como el de un knock out; y es así como nos manda, a la imagen repetida; e irremediamente a identificarnos con sus imágenes multiplicadas.

Ekiwah, logra ir de la sutileza Duchampiana hasta la transgresión de Bataille. Y creo que el mayor mérito es que sigue su propia voz ulterior, se conoce, ha observado el mundo, se ha escuchado y nos lo musita y a veces nos grita lo que es él y su relación con el mundo.

Me parece que en México, existen dos caminos por los que los poetas actuales han decidido deambular, uno el de Octavio Paz que es sin duda, para iniciados y otros, los menos, el de Jaime Sabines, curiosamente tan ninguneado en el ámbito intelectual nacional. Y aunque en lo

personal me encanta el primero, reconozco que Sabines es mucho más apreciado entre los lectores porque es fácil que se identifiquen en cada uno de sus poemas. En el caso de Ekiwah, sucede, algo similar, es posible reconocerse, es imposible no caer de rodillas ante algunos de sus poemas y mostrarse indiferente frente a la angustia y desesperanza derramada; y también, cautivarse ante la ternura creativa del joven poeta.

Ekiwa, nos habla de su relación con la montaña, de su soledad acompañada, de la magia que encierran las palabras, nos muestra una gama de símbolos que enriquecen su mundo y su voluntad y ahí están el tigre, el lobo, la sombra, el sueño, el camino que lo ha de llevar a donde él quiere, la cuaternidad. En resumen, una gama impresionante de símbolos que conforman su filosofía.

Reproduzco el poema “Un trato con la montaña” dedicado a su padre, que se ha vuelto uno de mis fundamentales:

Quiero volver a la montaña  
Partir de la montaña  
Vivir de la montaña.

Quiero que mis pies toquen la tierra  
Crezcan firmes y fuertes  
Como las raíces de un árbol.

Quiero que mi cabeza toque el cielo  
Que se disuelva entre las nubes  
Que se transforme en una de ellas.

Quiero que mi espalda fluya con el agua  
Que mi pecho abrace la llama  
Que mis manos bailen con el viento.

Y lo que reste de mi cuerpo  
Compartirlo con cada elemento.

Siempre he pensado que lo que nos debe ocupar de un autor es su obra y no su vida privada, que lo que nos debe importar de la obra es el efecto inmediato que nos cause y no el juicio que podamos hacer de ella, ya que estaría car-

gado de prejuicios culturales y trataríamos de ubicarla dentro de determinada corriente o estética. El arte debe ser como un tatuaje de los que se hacían antiguamente: con agujas envueltas en hilo de algodón y no como esas horribles calcomanías simuladoras, el arte debe provocar y transgredir.

Ekiwah, poeta que es el de las palabras inagotables, de tinta indeleble, no le es suficiente una sola lengua pues también escribe en inglés, no logra saciarlo una sola disciplina, ya que acompañan a sus textos sus feroces dibujos de inusitada fuerza y expresividad. En cuanto a sus trabajos narrativos me parecen menos acabados quizá porque aún no ha leído tanta narrativa, pero sé que la imaginería es la plataforma que utiliza para construir sus historias.

Ekiwah Adler Beléndez con su poesía, canta y se vuelve pájaro, ángel, guerrero que honra su nombre y nos propone a la manera de Buda el camino por el que habremos de andar de otra manera muy distinta a la que veníamos haciéndolo. Sé que soy muy afortunada en haberlo leído. Ekiwah, que sean bienvenidos, leídos y comentados tus dos libros: Soy y Palabras inagotables. Y sólo me resta decir que el lector estará ante una voz destellante, la voz semilla de un poeta que comienza a sembrar sus surcos. Lo que viene, será una larga trayectoria, en el eterno desvelo que resulta la literatura y me queda claro que cosechará como buen hortelano. 🌱



Alberto Calzada